

IV.

Bajemos por ahora del suntuoso palacio, mis amados lectores, para entrar por un rato en el pobre agujero del tío Benito, que luego ya volveremos á subir y á visitar los soberbios departamentos de arriba, según lo vayan exigiendo las circunstancias.

Es en el mes de septiembre, y á las seis de la mañana, cuando llegamos á la puerta de la miserable covacha en la cual el tío Benito, después de haber corrido como un azacán durante dos horas con los recados de los criados, acaba de entrar para ver si puede desayunarse.

El haber empezado tan pronto su cotidiano ejercicio consiste en que por la noche le han dejado muchos encargos, además de los ordinarios que con tan poca caridad le hacen cada mañana.

A aquella hora ya habia él avisado á la lavandera, á la planchadora, y habia traído al cocinero una infinidad de comestibles, cada u-

no de los cuales le habia costado un viaje por separado.

El desdichado anciano, exánime de fatiga y casi asiéndose á la pared, entró en su cuarto, si cuarto puede llamarse un agujero obscuro y húmedo, pues estaba pegado por la espalda al pozo ó noria del jardín.

Ya he dicho que el tío Benito era un viejecito diáfano, de puro flaco; pero bien merece, al presentarle al público, un retrato más detenido y exacto, puesto que es uno de los principales personajes de esta historia.

Rayaba el zapatero en los setenta años, ó al menos tan antigua fecha indicaba su semblante marchito y sus decaídas facciones, aunque quizás las miserias y las privaciones habian producido en ellas más extragos que el transcurso del tiempo.

Era pequeño y muy flaco, habia en su semblante una notable expresión de inteligencia y sufrimiento que conmovía,

Sus ojos, grandes y negros, que en los días de su juventud debieron ser muy hermosos, estaban hundidos y rodeados de arrugas; su nariz era larga y de forma distinguida; su boca fina, pero triste y adornada aún de una dentadura blanca é igual; sus mejillas enjutas, estaban siempre afeitadas con esmero, lo mismo que su barba; su frente era ancha, y su cabeza pequeña y fina, estaba cubierta de cabellos blancuísimos y finos como la seda.

Pero lo que más hubiera llamado la atención del que se hubiera detenido á contemplar al

tío Benito, hubiera sido la forma elegante de sus manos y sus piés, pequeños y estrechos como los de una persona distinguida.

Pero ¿quien había de pararse en estas cosas? El pobre anciano permanecía lo más oculto que podía, y apenas se atrevía á sacar su mesilla curiosa y limpia á un ladito del patio. á la cual iban únicamente las criadas de la vecindad á recojer su calzado.

El zapatero vestía invariablemente, en invierno y en verano por la triste razón de no tener otra cosa, un pantalón de grueso paño negro, muy raído y deteriorado, una levita larga y ancha de la misma tela color; ninguna de aquellas prendas se habían cortado para la exígua persona del tío Benito, que á pesar de haberlas achicado y arreglado por su mañosa mano, se revolvió en ellas con la mayor holgura.

El resto de su atavío lo componían una camisa vieja, pero muy limpia, una corbata negra muy usada, un pañuelo de cuadros azules de algodón, para el bolsillo, unas medias muy blancas y unos zapatos, casi siempre muy viejos, de cordobán, pero que él lustraba y recosía con incansable paciencia.

El tío Benito merecía que se le hubiese llamado más bien *D. Benito*, por lo fino y delicado de sus hábitos.

Cuando salía á cumplimentar los interminables recados de los criados, se ponía sobre sus blancos cabellos un sombrero de copa viejísimo y de una anticuada forma con alita muy estrecha, y que era ya casi rojo á fuerza de ser pardo.

En la mañana del día en que le presento á mis lectores, parecía el pobre anciano agobiado de fatiga: los recados que había hecho le habían obligado á recorrer largas distancias y sólo el cocinero le hizo ir siete veces hasta el mercado.

Su rostro venerable estaba en extremo descolorido; sus labios casi blancos, temblaban convulsivamente; apenas entró en su cuartito se quitó su sombrero y pasó por su frente, cubierta con el sudor de la congoja, su viejo pañuelo azul y blanco.

Luego se dejó caer en una silla desvencijada que era la única que se veía en aquel reducido aposento.

Apenas tenía éste quince pies cuadrados; las paredes húmedas, estaban sólo cubiertas de yeso, que se había puesto obscuro á causa del agua que se filtraba de la noria.

Una ventanilla muy pequeña, ó más bien, un agujero abierto en la pared, le daba luz; pero aquel agujero no tenía para cerrarse más que un postiguillo de madera que ó le robaba toda la luz estando entornado, ó le dejaba al aire y á la intemperie estando abierto.

La pobreza del zapatero era tanta, y tal la escasez de sus recursos, que no le habían permitido reunir en los cinco ó seis meses que llevaba en la casa, algunos reales para comprar un cristal, que era justamente lo que reclamaba el ventanillo en cuestión.

Por él se veía un poco de jardín, y á lo lejos un pedacito de cielo como una cinta, que

por la noche se bordaba de estrellas, que consolaban con su vista á aquel sér desgraciado y miserable

Forinaba la ventana una especie de alféizar, en el cual había una macetita de barro encarnado, que contenía una rica y olorosa planta de jacintos; allí estaba, pues, cuanto mitigaba la melancolía del pobre viejo y cuanto es en la tierra consuelo y alegría de los tristes.

Cielo, luz, estrellas y flores.

¡Cuanto hubiera dado el zapatero por poder adornar coquetamente su querida ventanilla con un cristal y una cortinilla de muselina blanca! Pero ¡imposible, imposible! La miseria, la horrible y despiadada miseria oprimía con su férrea mano al desventurado tío Benito.

El mísero cuartucho estaba ocupado por la mesilla del zapatero y por su cama compuesta de un jergón muy delgado, sobre unas tablas de pino, sostenidas por unos banquillos, dos sábanas gruesas y manta de algodón, que servía al mismo tiempo de abrigo en el invierno y de corbetero en verano.

El humilde lecho estaba coronado por una almohadita muy pequeña llena de esparto, y cubierta con una funda de tela de algodón blanca, que se ataba en los costados por medio de unas cintas,

Un anafre de yeso colocado en un rincón servía para guisar, cuando había qué, lo cual acontecía las menos veces; sobre él se veía una tabla muy limpia, cubierta de un paño blanco, que sostenía algunos pucheros, platos y tazas

que revelaban, por lo nuevo de su aspecto, el poco uso que se hacía de estos objetos.

Una sola silla había en ella, como ya he dicho; cuando el tío Benito sacaba al patio su mesilla, sacaba también la silla para sentarse. Sobre la mesa; y colgado de la pared, había un hermoso Crucifijo de tamaño regular; una palmatoria de barro, que sostenía un cabo de sebo, era todo lo que indicaba que se encendía la luz de noche en aquella mísera vivienda.

En fin, un banquillo de madera servía de asiento al tío Benito para comer su escaso y pobre alimento, que colocaba sobre la silla, sirviéndole de mantel el paño blanco que cubría su basar.

Sólo un esfuerzo supremo de limpieza podía conservarla en aquella reducida habitación; sólo comprendiendo la pulcritud del zapatero, se podía convencer el que allí entrase de qué modo podía conservarse limpio su único traje, sentándose en la misma silla que le servía de mesa para comer.

Pero ¡ay! que esto era menos extraño si se atendía á que el alimento casi constante del anciano se reducía á un poco de pan seco, y muchas veces el ayuno reemplazaba á tan escaso sustento.

Volvamos al instante en que el zapatero penetraba con tanto trabajo como angustia en su cuartito, y en el que después de dejar sobre la cama su sombrero, se desplomó sobre la silla enjugándose la frente, que humedecía el sudor de la fatiga y la angustia.

Durante un largo rato, el tío Benito permaneció con la frente apoyada en la mano; era ésta un poco larga, pálida y fina, con uñas algo acanaladas. era una mano aristocrática de anciano, que pedía un rico guante de Suecia.

De repente resonaron en las losas de mármol del patio unos pasos ligeros. y un joven cartero entró alegre y despabilado.

—Para el señor Benito Tomás,—dijo asomándose á la puerta y presentando en la punta de los dedos una carta larga con sobre fino y cuyas señas estaban escritas con una letra clara y menuda.

El tío Benito levantó la cabeza rápidamente y como conmovido por una conmoción eléctrica; luego se puso de pié con trabajo y se acercó al cartero:

—¡Oh, Dios mío!—exclamó con voz alterada.

—¡Es de mi hija.....! De mi hija! ...

Y una expresión de viva alegría se retrató en sus alteradas facciones.

—¡Corriente! Sea de quien quiera, tómela usted, buen hombre,—dijo el cartero.

El tío Benito no se movió; parecía absorto por algún dolor mudo, pero terrible.

—¡Vamos, por Dios, que tengo prisa!—dijo el cartero, que se impacientaba.

—¡Joven!—dijo el anciano, que pareció tomar una resolución suprema y dolorosa,—joven, no tengo cinco céntimos que dar á usted en cambio de esta carta.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento tan visiblemente alterado, que al carte-

ro, en vez de enfadarse, sintió llenarse de lágrimas sus ojos, era joven y tenía un buen corazón.

—¡Pobre viejo!—murmuró.—¡Será posible!

—Es la verdad,—respondió el zapatero.—Si usted me la quiere dejar, me dará un gran consuelo, si no, llévesela y tendré paciencia.

—¡No permita Dios, pobre anciano, que yo cometa tan mala acción!—dijo el cartero con acento conmovido.—Tome usted su carta, y aunque soy pobre yo también, todas las recibiré de balde, porque yo las pagaré por usted.

—Tiene usted una alma caritativa, hijo mío,—respondió el zapatero,—y esto es una cosa que jamás deja Dios de recompensar; tarde ó temprano hallará usted el premio, un anciano se lo asegura y los ancianos leen en el porvenir.

—¡Dios lo haga!—dijo el cartero,—entre tanto quédese con Dios, señor Benito.

Salió el joven, y el zapatero rompió con mano trémula el sobre de la carta, cuyo contenido era como sigue:

Padre mío: Apenas puedo trazar estas líneas, pues el dolor me abrumba; mi marido, mi pobre José, está casi agonizando, pues la parálisis que hace tanto tiempo le martirizaba, ha subido hasta el corazón.....! No sé, padre mío, cómo yo, pobre y débil mujer, puedo sufrir tanto sin morir también, porque sólo Dios y tú sabéis cuánto amo yo á mi pobre enfermo!.....! Pero soy madre, y mi deber es vivir para mi hija.

Mi pobre Lidia está también enferma; á la edad de quince años es demasiado lo que ha sufrido ya..... ¡Padre mío, así que mi marido cierre los ojos, y esto no puede tardar desgraciadamente, Lidia y yo iremos á tu lado, pues aquí es seguro que moriremos de hambre!

¡Madrid! ¡Oh, que triste es Madrid para los pobres! ¡Tanto como alegre y delicioso para los ricos!

¡Adios, padre mío, mi bueno y respetado padre! Yo estoy muy enferma y mi hija lo está también; pero abrigo el convencimiento de que partirás con nosotras el pan que te dá tu modesta profesión, que aún no sé cual es, porque nunca has querido decírmelo,

¡Adios! Te abraza con el corazón y se despide hasta muy pronto de ti tu desgraciada hija,

URSULA.

P. D. ¡Abro esta carta para darte una noticia que desgarrará mi corazón al comunicártela, padre mío! ¡José ha muerto mártir de sus padecimientos! ¡Ha muerto bendiciéndome por mis cuidados y mandándome que me vaya á tu lado con mi hija; hasta muy pronto, pues padre mío!

El anciano dejó caer la carta y dobló la cabeza sobre el pecho con un abatimiento mortal.

V.

A la misma hora en que el pobre Benito sufría tanto moral y físicamente, Carolina Andrade abrió los ojos en su gabinete-dormitorio, recinto encantador que voy á procurar describir á mis queridos lectores.

Era una piececita cuadrada con un balcón á la Rambla, cerrado por celosías verdes por fuera, y por gruesos cristales y cortinas de seda rosadas por dentro.

Muchas macetas en el hueco que quedaba entre los hierros calados y los cristales, contenían clemátides, madreselvas y yedra con campanillas, que enredándose en delgados cordones hasta lo alto del balcón, formaban una fresca y perfumada cortina, entre la cual asomaba algunas veces la negra cabeza de la niña, y su carita rosada, como un colibrí asoma sus plumas de colores en los bosques de la joven América.

En frente del balcón estaba la alcoba, sostenida por delgadas columnas de pórvido, sobre las que se corrían dos anchas cortinas de damasco de seda color de rosa, como las del balcón.

Una cómoda de palo santo con embutidos de nácar, dos consolas iguales, una otomana y algunos silloncitos cómodos guarnecidos de fleco y borlas, completaban el mueblaje de aquel aposento fresco y risueño.

En frente del balcón estaba la alcoba, como ya he dicho, y en el fondo se veía una camita dorada, cuyo techo era un lindo pabellón de seda rosada y forrada de gasa blanca, del cual caían anchas y vaporosas cortinas, recogidas con lazos de cinta rosa.

Junto al lecho, cubierto de batista, seda y encajes, había un sillón de terciopelo para desnudarse con toda comodidad, y á los piés del mismo un ropero de palisandro para las ropas más usuales, cuya puerta era un espejo de gran tamaño.

Pero en toda aquella linda habitación no había ni una santa imágen que la patrocinase con su presencia, ni la sagrada Cruz del Hijo de Dios que ahuyentase los dolores del espíritu, atrayendo sobre él la resignación y la paz del cristianismo.

El armador era casi un ateo, y no podía ser otra cosa su familia, á la cual nadie había enseñado á creer, á orar y á esperar en una vida mejor

Carolina abrió sus grandes ojos negros, y los

tendió en torno suyo á eso de las seis de la mañana.

En seguida dió un largo y gracioso bostezo y plegó detrás de su cabecita fina y bonita los torneados brazos adornados de dos oyuelos.

En esta postura y en vez de saludar á Dios y bendecir con una oración porque le concedía un nuevo día, aquella hermosa niña, que no veía más allá de las cosas de este mundo, se puso á pensar en lo que haría.

—Sofía dormirá aún lo ménos tres horas,— se dijo.—y con ella no hay que contar; lo mejor será que yo me vaya á dar un paseo á la orilla del mar con doña Pelagia.

Tiró de la campanilla y se presentó su camarera, jóven, traviesa y bonita, que no había cumplido aún los veinte años.

—Camila,—le dijo, Carolina,—preparame un traje de muselina, una manteleta de batista y un sombrero de paja, y miántras tú vienes á vestirme, haz que llamen á doña Pelagia.

—Al instante, señorita,—dijo Camila con el aire obsequioso de las sirvientas que temen perder una excelente casa.

Y entrando en el gabinete de tocador, al cual daba paso una puertecita situada á los piés del lecho, preparó en un instante todos los objetos que su Carolina había pedido.

Luego salió y mandó á otra camarera que llamase á doña Pelagia, empezando ella en seguida á vestir á la señorita, que ya la esperaba sentada en el lecho.

—Hasta el amanecer ha habido luz en el

cuarto de su papá de usted, señorita,—dijo Camila por hablar algo con su jóven ama.

—¡Cómo! ¿Qué dices?—exclamó Carolina sobresaltada.—¿Que ha tenido luz mi padre hasta el amanecer?

—Sí, señora.

—¡Dios mío! ¿Estará malo?—se dijo la jóven realmente alarmada ante aquella velada, tan ajena de los hábitos modestos, morigerados y hasta un poco labriegos de su padre.

—No creo que lo esté.—repuso la camarera,—porque el señor no ha llamado á nadie; yo le hubiera oído, porque he velado toda la noche para concluir un vestido que deseo estrenar hoy.

—¿Por qué cosas tanto de noche?—preguntó Carolina, cuyo excelente corazón la hizo olvidarse, al oír aquello, hasta de su inquietud por su padre; eso es muy malo para la salud.

—Como hoy es domingo.....

—¿Y eso qué importa? Si querias estrenarlo, haber cosido de día.

Camila nada respondió; había tal desorden en aquella opulenta casa (como en todas las que la cabeza natural ó la señora se desentien de del gobierno interior por completo), que nada se hacía á su hora ni en el tiempo regular y las criadas obraban en todo según su antojo.

Concluyó de vestir á Carolina y luego fué á dar prisa á doña Pelagia, que era muy gruesa y muy calmosa.

El ama de gobierno, aya á la vez, habitaba un aposento intermedio entre los de las dos jóvenes.

Estaba amueblado con decencia y decorado lindamente con cortinas de tela persa de grandes y frescos ramos.

Gracias á las instancias de Camila, abrevió su *toilette*, que era bastante pretenciosa, y salió arreglando sobre sus gruesos hombros el volante de encaje de su mantilla de moaré.

—Supongo, querida mía; que habrá usted mandado poner el coche, ¿no es verdad?—preguntó doña Pelagia á Carolina.

—No, por cierto.—respondió ésta.—he pensado que demos un paseo á pié.

—¡A pié!

—Sí, á pié.

—¡Pero eso es imposible, criatura.

—¿Por qué?

—Porque aún hace mucho calor.

—Ahora es muy temprano, y volveremos á casa antes de que el sol caliente demasiado,—repuso alegremente Carolina, que se divertía con la angustia de su vetusta compañera, cuyo defecto capital era el ser muy egoísta.

Y la jóven empezó á bajar la escalera con la dichosa vivacidad propia de sus pocos años. Al llegar al fin de ella se detuvo para esperar á doña Pelagia, que bajaba muy despacio, y volvió la cabeza maquinalmente hácia su izquierda, impacientándose un poco por su forzada inmovilidad.

Entónces una exclamación de asombro salió de sus lábios.

Al lado de la puerta del cuartito obscuro y aprovechando un rayo de sol que se filtraba

por las altas paredes del patio, vió una maceta de humilde barro encarnado, que contenía la más hermosa colección de jacintos que ella había visto en su vida.

Eran todos blancos con un ligero tinte de color de paja, grandes, frescos, aterciopelados y exhalando nn aroma delicioso, suavísimo, que embalsamaba el ancho patio de la casa.

Carolina, atónita, se detuvo ante aquella planta, único tesoro y única alegría de un desventurado anciano.

Aún estaba contemplándola, cuando llegó Pelagia al fin de la escalera.

—¡Mire usted qué hermosa maceta!—dijo Carolina, señalándosela con un enérgico ademán de admiración.

—Sí que es hermosa,—respondió la gobernadora de la casa de Andrade, casi sin mirarla, pues su organismo era muy poco poético para que gustase de flores.

—¿A quien pertenecerá?— continuó Carolina como hablando consigo misma.

—Creo que á un viejo zapatero que vive ahí,—respondió distraidamente doña Pelagia. ¡Cómo! ¿vive ahí alguien?

—Ese zapatero remendón....

¿Ese pobre hombre que vemos todos los días desde el balcón del comedor?

—El mismo.

—¡Yo creía que habitaba en otra parte! ¡Dios mío! ¿Cómo quede vivir ahí?

—¡Que se yo, hija mía! Jamás he pensado entrar.

—Yo voy á hacerlo ahora,—dijo Carolina adelantándose dos pasos é inclinando su linda cabeza, para no abollar el ala de su sombrero, al penetrar en la habitación del tío Benito.

Al ruido que hizo su ampuloso vestido de muselina, el anciano levantó la cabeza y divisó en el umbral la luminosa y esbelta figura de la niña.

Entónces se puso de pié y la saludó con sumisión profunda.

—¿Querría usted decirme, caballero,—dijo Carolina, que al ver al zapatero con levita creyó deber darle este dictado;—¿querría usted decirme si le pertenece esa hermosa planta que está ahí al sol?

—Sí, señorita,—respondió el anciano con un suspiro.

—¿Y la tiene usted en mucha estima?

—En mucha.

—¿De modo que no querrá usted vendermela?

Los ojos del zapatero brillaron de alegría; por poco dinero que le diera por sus jacintos aquella rica joven, tendría para comprar pan á su hija y á su nieta el día que llegaran.

Sin embargo, aquella expresión de dicha se obscureció muy pronto, y la más amarga tristeza volvió á velar sus abatidas facciones.

—Mucho estimo esta planta, señorita; la cebolla ó simiente de que ha nacido me la dió mi querida y única hija, y yo la he cuidado hasta hoy con amor, como un inestimable re-

cuerdo suyo. Me parecía que esta planta sería y pensaba y me hablaba de Úrsula.

Calló el anciano y una ancha lágrima rodó por su mejilla.

Carolina, sobrecogida de una emoción que jamás había sentido, callaba también, mirando con melancolía á aquel pobre viejo, de un aspecto tan paciente y tan triste.

Una angustia opresora le martirizaba el corazón; conocía que allí había una inmensa desgracia, y aunque por dos veces llevó la mano á su bolsillo con un movimiento irresistible, por dos veces aquella mano volvió á salir sin sacar moneda alguna, diciéndola un secreto instinto que quizás iba á ofender á aquel digno anciano con una limosna.

—¡Perdón, señorita!—prosiguió Benito tras una pausa,—yo le estoy contando cosas que quizás no le interesan. Si usted gusta de esa maceta, suya es, envíe usted á buscarla.

—¡Cómo!—exclamó sorprendida Carolina,—¿me la cede usted?

—Sí, señora.

—Pero ha de ser á condición de decirme su precio.

—Un recuerdo no le tiene; acéptela usted como una muestra de mi respeto.

Volvió á callar la joven y volvió á contemplar al anciano, maravillada de la nobleza de su lenguaje; nunca había oído hablar así ni aun á su padre, que era á su modo de ver la persona más digna que existía.

—No puedo aceptarla como regalo,—dijo

después de algunos instantes,—déjeme usted que le pague en lo que yo la estimo, que es mucho; porque me parece muy bella.

—¡Pagarme esas flores!—exclamó el anciano Benito, cuyas mejillas se cubrieron de carmín y en cuyos ojos brotaron de nuevo las lágrimas.

Luego hizo un esfuerzo para reprimirse, y continuó con dulzura:

—Yo quiero regalárselas á usted, señorita, por lo mismo que las estimo; como esa planta era mi hija, bella, fresca y ahora . . .

—¿Está enferma?—preguntó Carolina, viendo que el anciano vencido por la emoción no podía continuar.

—¡Sí señora! ¡Está enferma y su hija también!

—¡Cómo! ¿Tiene usted una nieta?

—Sí, señora.

—¿Cómo se llama?—preguntó Carolina con infantil curiosidad.

—Lidia.

—¡Qué nombre tan bonito y tan elegante! ¿Y qué edad tiene, señor . . . ?

—Benito, para servir á usted, señorita . . .

—Y bien, señor Benito; ¿qué edad tiene su nieta de usted?

—Quince años.

—¿Y es bonita?

—Como su madre, ó acaso más; pero usted la verá, porque va á venir.

—¡Ah! ¿Va á venir Lidia?—preguntó Carolina como si se tratase de una amiga muy querida.

—Sí, señorita.

—¿Sola?

—Con su madre.

—¿Viene también su hija de usted?

—Sí, señorita.

Y al pronunciar estas palabras volvieron á correr de nuevo las lágrimas por las mejillas del anciano.

—¿Y á dónde van á vivir su hija de usted y su nieta, señor Benito?—Preguntó Carolina, cuya curiosidad era quizás algo imprudente, pero muy propia de su edad y de su descuidada educación.

—Vivirán conmigo, señorita.

—¿Cómo! ¿Aquí?

Y la joven, por la primera vez desde que estaba allí, tendió los ojos en derredor suyo y miró con cuidado á aquella miserable vivienda.

—Aquí, señorita,—repuso el señor Benito,—no tienen más amparo que yo.

—¿Oh, Dios mío!—exclamó la joven elevando al cielo sus manos unidas y sus ojos llenos de lágrimas.

Aquella exclamación quería decir: *¡Oh Dios mío, cuánta miseria hay en el mundo, que yo ignoraba ¡Oh, Dios mío, que desgraciado es este anciano!*

—¡Caballero!—dijo luego formulando más ámpliamente su pensamiento;—no quiera Dios que yo usurpe á usted esas flores, único adorno de esta pobre vivienda, único soláz que su pobre nieta ha de hallar aquí; renuncio á ellas, y le suplico me perdone mi imprudente antojo.

—Pero Carolina, hija, ¿no vamos á paseo?—preguntó doña Pelagia desde el patio, un poco amostazada por la prolongada tardanza de la joven.

—Ahora mismo voy.—contestó Carolina.

Y volviéndose al anciano, continuó con una delicadeza, tanto más noble y hermosa, cuanto que era enteramente natural.

—Yo haré algo por Lidia...la distraeré, porque subirá á casa y me acompañará algún rato.

El anciano comprendió sin duda, aquella manera delicada de ofrecerle socorros para su familia, porque respondió al instante.

—Yo debo ya mucha gratitud á su señor padre de usted.

—¿A mi padre?

—Sí, señorita.

—¿Por qué?—tornó á preguntar Carolina, como admirándose de que su padre pudiese hacer algo por un pobre.—¡Dios mío! Creo que mi padre no ha reparado jamás en que usted habita aquí, señor Benito. Pero,—añadió la joven,—quédese usted con Dios, que me esperan, ya nos veremos.

Y lijera como una ave salió al patio y se reunió con doña Pelagia, que se quejó un poco de su larga detención en el agujero del tío Benito.

Carolina nada le respondió, estaba absorta en una meditación profunda, de la cual no salió en tanto que duró el paseo.